

*Simpatía y humanismo en las ideas estéticas de  
Enrique José Varona*

---

Sympathy and humanism in aesthetic ideas of Enrique  
José Varona

**Linnet Hernández Moredo**

Instituto Superior de Arte, Camagüey, Cuba

**Resumen:** Este trabajo profundiza en una arista poco investigada del pensador cubano Enrique José Varona: sus ideas estéticas. Toma como hilos conductores dos núcleos temáticos fundamentales: Primeramente aborda los principios básicos del humanismo en la modernidad. Seguidamente introduce la comprensión filosófica de simpatía; señala un grupo de connotaciones éticas y estéticas de esta categoría en el pensamiento occidental de los siglos XVIII y XIX. Con respecto al pensamiento de Enrique José Varona, se determinan rasgos humanistas en su reflexión estética, en relación con el contexto occidental y cubano. Se valora el papel de la concepción de simpatía de Varona en el conjunto de sus ideas estéticas, y en el contenido humanista de las mismas. Se analiza la relación entre la educación estética, la simpatía y la moral.

**Palabras clave:** ideas estéticas de Enrique José Varona; humanismo en la modernidad; educación estética.

**Abstract:** This research goes more deeply into an aspect of Enrique José Varona, which has little been researched: his aesthetic ideas. The paper is based on two main topics. First, it focuses on humanism and its main principles, as a set of ideas which stress the human being dignity and the search of its harmonic development. Later, the paper presents the philosophical understanding of sympathy, and shows a group of ethical and aesthetic connotations of such category in the Western thinking of 18<sup>th</sup> and 19<sup>th</sup> centuries. With respect to Enrique José Varona's thought, some humanistic features are determined in his aesthetic ideas, related to the Western and Cuban context. The role of Varona's sympathy concept with his aesthetic ideas as well as their humanistic content is assessed. The relationship among aesthetic education, sympathy and ethical values is also studied.

**Keywords:** aesthetic ideas of Enrique José Varona; humanism in modernity; aesthetic Education

## INTRODUCCIÓN

El humanismo es tema de especial urgencia en esta segunda década del siglo XXI. La pluralidad de puntos de vista por la que ha estado marcado, llegando incluso a plantearse en el siglo XX una disolución del hombre<sup>1</sup> en el plano teórico, y la exaltación de las perspectivas particulares, han llevado en ocasiones a renunciar a una visión universal sobre el ser humano, y sobre lo que queremos que sea en el futuro. Sin embargo, las posibilidades crecientes de las tecnologías de punta, el grupo (*nano, bio, info y cogni*), que están siendo encaminadas a la intervención del cuerpo humano, acompañadas por posiciones ideológicas alimentadas en la idea de desintegración de *lo humano*, están exigiendo de la filosofía una reconstrucción de la definición universal de lo humano, un marco de valores y fines ajustados a las necesidades actuales, pero sin olvidar que el hombre es fin en sí mismo.

En este contexto, explorar las tradiciones humanistas de nuestros pueblos en diálogo crítico con el presente puede sernos muy útil. El humanismo moderno europeo del que somos herederos exaltó la propiedad humana de la razón como signo superior de lo humano. Sin embargo, la racionalidad llevada a ultranza, y combinada con el utilitarismo y el pragmatismo, puede encaminarse hacia objetivos muy deshumanizadores. Cobra importancia entonces dentro del humanismo actual dirigir también nuestra atención hacia aquellas capacidades humanas donde la racionalidad se conjuga con lo emocional, como ocurre en los terrenos de la moral o la estética. En este sentido, *la simpatía* viene a ocupar un lugar de especial interés entre las capacidades humanas.

El presente artículo aborda primeramente algunos principios fundamentales del humanismo moderno, luego la comprensión de *simpatía*, la cual alcanzó relevancia en los siglos XVIII y XIX en la explicación de los fenómenos morales y estéticos. A continuación,

<sup>1</sup> En 1967 Henri de Lubac criticaba del humanismo ateo la extrema disolución conceptual en la que había caído, donde el hombre terminaba siendo: «un ser al que nadie se atreve a llamar ser. Una cosa que no tiene nada adentro, una célula sumergida completamente en una masa en devenir» (Lubac, 1975: 48). Lo cierto es que la exagerada relativización de lo humano es caldo de cultivo para las ideas más destructivas sobre el ser humano, apoyadas en la falacia de que no hay ninguna naturaleza humana que defender a partir del hecho de que no nos ponemos de acuerdo sobre ella.

desarrolla la concepción de simpatía del pensador cubano Enrique José Varona, como elemento que articula sus ideas estéticas y que a la vez entronca con el carácter humanista de su pensamiento.

### **Acercamiento a los principios del humanismo moderno**

El humanismo ha recibido múltiples definiciones. En su expresión histórica clásica alude al movimiento cultural renacentista que desplegó una visión antropocéntrica liberadora; también se entiende como un conjunto de filosofías asociadas a distintos ideales del hombre. (Ferrater, s/f: 876). Pablo Guadarrama comparte la definición de García Galló, según la cual es «un conjunto de ideas que destacan la dignidad de la persona, la preocupación por su desarrollo armónico, y la lucha por crear condiciones favorables al logro de tales fines» (Guadarrama, 2015: 141-142).

Por su parte Javier San Martín se enfoca en el contenido axiológico del humanismo:

Si tratamos de captar la estructura básica del humanismo, enseguida nos daremos cuenta de que lo que en él prima no es la consideración de los hechos sino de los valores y los valores concernientes a lo humano. El humanismo solo tiene sentido si partimos de la idea de que hay modos de ser más humanos que otros. (San Martín, 1995: 184)

Para el autor, esta noción de diferenciación, y la consideración de que es posible una *humanización*, se desarrolla en el siglo xv, cuando habiéndose derrumbado los esquemas de explicación y comprensión del hombre, los renacentistas miran hacia los hombres clásicos como portadores de *un valor en sí mismos*, y estudiarlos resulta una experiencia *humanizante*. Asimismo, expresa, cuando decimos que alguien es *inhumano*, no estamos negando sus atributos biológicos o culturales, sino ciertos atributos morales decisivos para ser considerado humano.

En el seno de la Ilustración, la reflexión filosófica profundizará en una estructuración universal de valores asociadas al hombre. Immanuel Kant es imprescindible en este proceso. Para él, el hombre:

como sujeto de una razón moral práctica, está más allá de todo precio; ya que, bajo este punto de vista, no puede ser considerado como medio para los fines de otro, ni siquiera para sus propios fines, sino como un fin en sí mismo, pues

posee una dignidad (un valor interior absoluto) por el que impone un respeto de su persona a todas las demás criaturas racionales, y que le permite medirse y estimarse en pie de igualdad con cualquiera de ellas. (Talavera, 2011: 351)

Se conjugan en la visión kantiana los principios básicos del humanismo moderno: el hombre como fin en sí mismo, igualdad, en tanto todos somos hombres, y libertad para realizar nuestra naturaleza racional plenamente. Ese uso de la razón, que marca la mayoría de edad de la humanidad, y que nos permite ser verdaderamente libres, conlleva una responsabilidad moral hacia la dignidad de los otros.

Esta nueva comprensión del ser humano está asociada, a su vez, con la noción de progreso, con la autoconfianza en la posibilidad de conducir racionalmente la vida humana y social hacia un camino mejor, donde se instaure aquello que la razón nos dice es lo más justo. El objetivo de *humanización*, entonces, permeará progresivamente las distintas esferas de la espiritualidad, la filosofía, la literatura, las teorías políticas. En el siglo del romanticismo la razón moral se fusionará muchas veces con la apropiación y la exaltación emocional de la moralidad. El deber de humanizarnos se interioriza emocionalmente, se traduce en el *amor* a la humanidad.

Un aspecto importante es la noción de desarrollo pleno, integral, del ser humano. Desde la cultura griega antigua llega al pensamiento occidental renacentista la idoneidad de ofrecer a los ciudadanos una educación integral. Los ilustrados franceses, por su parte, enfatizaron en la importancia de extender la educación, en consonancia con los valores que se van gestando. El estado de derecho se concreta con ciudadanos educados. La esfera de la literatura y el arte incorporan también esta misión, como la llama Víctor Hugo (1946: 32), la misión de elevar espiritualmente al público, de proporcionarle, en definitiva, educación sentimental, moral.

Con el desarrollo del positivismo se refuerza la convicción de que la humanidad avanza en todos los sentidos: mediante las ciencias se extiende el dominio conceptual y práctico del hombre sobre la realidad. Cada vez más está en condiciones de conducir racionalmente el curso de su destino. Los conocimientos sobre el hombre se multiplican en la rama sociológica fundada por Comte, en la psicología, la antropología, la estética.

Bajo el influjo optimista de este contexto, se produce el grueso de la reflexión estética de Enrique José Varona, en las últimas décadas del siglo XIX.

### **La concepción moderna de simpatía y su evolución en la estética decimonónica**

Desde la antigüedad grecolatina existía la concepción cósmica de simpatía, como lazo de unión de todos los elementos, idea que pervivió durante la Edad Media e incluso en el Renacimiento. Sin embargo, la indagación acerca de la simpatía como fenómeno de interacción entre los hombres se convierte en objeto de atención a partir de la filosofía moral británica del siglo XVIII.

Anthony Ashley Cooper, tercer Conde de Shaftesbury, sienta las bases de la reflexión sobre la simpatía en este sentido. Desarrolla una filosofía de la naturaleza con especial atención hacia el individuo, a partir de una aproximación afectiva al mundo natural, donde se aprecia la huella del neoplatonismo renacentista y su concepto de simpatía universal. Considera que «las fibras de las plantas, las partes del animal o los cuerpos celestes» simpatizan entre ellas, es decir, se hallan unidas a través de «una misma sensación o sentimiento» (Cit. por Llorens, 2005-2006: 362). Es relevante el hecho de que se plantee el problema de la cohesión o la armonía del conjunto formado por la esfera individual, la social y la universal. A su juicio, el vehículo que posibilitaba el descubrimiento de dicha conexión es la *afección natural*. Esta es definida como un sentimiento espontáneo, una tendencia innata hacia el bien, una fuerza connatural a cada ser humano que lo une a la sociedad y a la naturaleza (Cit. por Llorens, 2005-2006: 352).

Por su parte, Francis Hutcheson coincide con Shaftesbury en entender la simpatía como una dimensión del sentir, y destaca el carácter *duradero* y *extenso* de los afectos sociales. Infante del Rosal destaca cómo David Hume se diferencia de Shaftesbury y de Hutcheson en que, más que como una dimensión del sentir, entiende la simpatía fundamentalmente como una disposición que permite la comunicabilidad y la transferencia de ese sentir (Infante, 2013: 181). Aquí Hume marca una pauta importante en el camino de comprender la simpatía como fenómeno intersubjetivo, como «tendencia a la comunicabilidad de los deseos y sentimientos» (Infante, 2013: 190).

Son importantes también en Hume las implicaciones culturales que le confiere a la simpatía. En su *Tratado de la naturaleza humana* sostiene: «Ninguna cualidad de la naturaleza humana es más notable [...] que la inclinación que poseemos a simpatizar con los otros y a recibir por comunicación sus inclinaciones y sus sentimientos aunque sean diferentes o contrarios a los nuestros» (Hume, 2001: 235). Atribuye a este principio la uniformidad que puede apreciarse en los caracteres y los modos de pensar de los individuos de una misma nación, más que a la influencia del suelo o del clima.

También explica por medio de la simpatía nuestro sentido de la belleza y de la fealdad. Con penetración psicológica, explora la estrecha relación entre la belleza y el orgullo de la persona que la posee, ya sea en ella misma o en sus objetos, por ejemplo, una bella y confortable casa. La belleza es deseable. Para Hume, la percepción de la belleza de algo —la cual suele estar vinculada a la idea de su utilidad— depende del siguiente principio: ninguna pasión de otro sujeto se descubre por sí misma inmediatamente a nuestro espíritu, sino que solamente somos sensibles a sus causas y efectos, y estos provocan la simpatía (Hume, 2001: 407).

Las reflexiones de David Hume sobre la simpatía resultan aportes significativos por su enfoque comunicativo, y las relaciones que establecen con los resortes psicológicos y estéticos de los individuos. La simpatía es asumida como una manifestación emocional de la natural sociabilidad de los hombres. Puede entenderse como aquel fenómeno emocional según el cual un individuo es capaz de desarrollar sentimientos semejantes a los de otra persona en una situación determinada.

En el caso específico de Adam Smith, la simpatía supone un momento reflexivo: no surge solo de contemplar la pasión de otro, sino más profundamente de conocer las causas que provocan aquella pasión (Smith, 1941: 47). Es crucial en este proceso la imaginación, que nos permite hacernos una viva idea de los sentimientos de la otra persona y volvernos partícipes, hasta cierto punto, de esos sentimientos. Smith analiza el fenómeno no solo en el sentido unilateral, de un sujeto hacia otro, que se convierte en objeto de su simpatía, sino que también se refiere al placer que proporciona a dos o más personas la *simpatía mutua* (Smith, 1941: 41-42). Smith considera como un elemento sustancial de su teoría de los sentimientos morales, la necesidad humana de simpatizar con los demás.

En el siglo XIX, la simpatía atrae la atención de investigadores de la naciente psicología, así como de poetas y de estetas. La valoración sobre la importancia de la simpatía en el arte ha estado estrechamente relacionada con el principio de *mímesis*, así como con el de la *belleza* como rasgo esencial del arte. A lo largo del siglo XIX, estos dos principios se entendían como inherentes a la obra de arte, y no por casualidad la simpatía fue asumida, especialmente en la segunda mitad de ese siglo, como una categoría relevante en la creación artística.

De manera que los artistas perseguían captar la esencia humana sobre una sólida base imitativa, pero estimulados por la fascinante exploración psicológica de los personajes; pensemos, por ejemplo, en el teatro de Henry Ibsen, o en las novelas de Stendhal y de Fiódor Dostoievski. Figuras influyentes en el terreno de las ideas estéticas, como Hippolyte Taine y Jean-Marie Guyau, dejaron sentada la importancia de la simpatía como una capacidad del artista para crear. En Taine, además, puede apreciarse una propuesta de empleo metodológico de la simpatía para la crítica de arte:

El crítico sabe ahora que [...] antes de todo su talento está la simpatía, y que la primera operación en historia consiste en situarse en el lugar de los hombres que vamos a juzgar, penetrando en sus instintos y en sus costumbres; en adoptar sus sentimientos, en repensar sus ideas, en reproducir en sí mismo su estado interno. (Taine, s/f: 12-13).

En el caso de Guyau, la simpatía llega a convertirse en una categoría central de su sistema estético. Para él, el arte «requiere como condición esencial la parte de simpatía que tenemos en los placeres y los dolores ajenos» (Guyau, 1902: 67). En su manera de entender el placer estético, entran en juego tanto nuestra capacidad de percibir la belleza dada por los elementos estructurales de la obra que impactan nuestros sentidos, como por nuestra capacidad de simpatizar:

La emoción artística — afirma — es pues en definitiva la emoción social que nos hace sentir una vida análoga a la nuestra por el artista: al placer directo de las sensaciones agradables (sensación del ritmo, de los sonidos o de la armonía de los colores), se une todo el placer que obtenemos del estímulo

simpático de nuestra vida en la sociedad de los seres imaginarios evocados por el artista. (Guyau, 1931: 63)

Al mismo tiempo Guyau concibe un vínculo muy estrecho entre la belleza y la simpatía, en tanto manifestaciones de una armonía universal, que se expresará en el plano social, entre otras vías, a través de la emoción estética. Afirma que *el sentimiento de lo bello* no es sino la forma superior del sentimiento de la solidaridad y de la unidad en la armonía (Guyau, 1931: 52) y que es «más complejo y más consciente» que el de lo agradable. Precisamente comprende el primero como «el inmediato placer de una vida más intensa y más armónica, cuya intensidad alcanza inmediatamente la voluntad y cuya armonía es inmediatamente percibida por la inteligencia» (Guyau, 1931: 53).

Al hablar de simpatía no debe pasarse por alto el concepto de *Einfühlung*. Considerado en su acepción psicológica general, designa una proyección de nuestro yo en los demás hombres. Uno de los principales representantes de la teoría de la *Einfühlung* en el siglo XIX fue Theodor Lipps. El concepto de Lipps suele traducirse como empatía (Viqueira, 1930: 77) y a veces como endopatía (Infante, 2012: 92). En la visión de Lipps se trata de la proyección sentimental del sujeto hacia objetos o sujetos distintos. Esta proyección podía ser de diversas clases, entre ellas la estética. Lipps apunta que cuando la empatía estética es positiva, cuando sentimos placer, el objeto que la suscita nos parece bello; si es negativa, nos resulta feo (Viqueira, 1930: 81).

Al sentimiento estético le es indiferente si el objeto es real o no. En general, la teoría de la *Einfühlung* influyó en teorías estéticas posteriores, sobre todo porque hizo dirigir la mirada hacia la respuesta simpática del hombre ante objetos y hechos artísticos que no sean personajes; por ejemplo, el ritmo musical o las formas de una obra arquitectónica, pueden provocar un placer simpático.

### **Simpatía y humanismo en las ideas estéticas de Enrique José Varona**

Con una optimista visión de progreso, Varona, a fines del siglo XIX, considera que la ley social que domina la modernidad consiste en el advenimiento sucesivo de todas las clases a la satisfacción de las necesidades de orden superior; estas son: las morales, las intelectuales y las estéticas (Varona, 1979b: 285).

Varona se expresa con admiración sobre los avances del siglo XIX y sobre cómo estos han permitido un desarrollo mayor de la «capacidad estética», de la «escala emocional» de sus contemporáneos. El hecho de haber podido oír todos los tonos que puede producir la lira humana, conocer las emociones más profundas y las más pasajeras, analizar los matices del carácter individual, exhumar pueblos y civilizaciones, desentrañar las claves del pensamiento de los pueblos antepasados y reproducir su arte, son elementos que llevan a Varona a expresar en 1883 que «hemos vivido *más y mejor* que los hombres de ninguna otra época» (Varona, 1979e: 189).

En ese proceso de perfeccionamiento, de *humanización*, le concede un gran valor a la educación (Varona, 1903: 117). Considera la educación estética como una necesidad para el bienestar y el enriquecimiento espiritual de los individuos. Refiriéndose a este tema afirma: «Lo que más ennegrece la existencia de la generalidad de las personas, o la reviste de exasperante monotonía, es el estrecho horizonte en que las mantiene encerrada, por falta de cultivo de su *capacidad de simpatizar*» (Varona, 1979d: 55).<sup>2</sup> En esa oportunidad define los sentimientos simpáticos como «esos poderosos sentimientos que sacan al hombre de sí mismo para hacerlo padecer o gozar con el dolor y el placer ajenos» y que se pueden comprender bajo el nombre de amor (Varona, 1979c: 132).

La simpatía constituye un elemento central de su reflexión estética. Varona se identifica con las ideas del asociacionista escocés Alexander Bain. Da a conocer los principios de su psicología en la *Revista de Cuba* en 1877. Entre las ideas de dicho autor expuestas por el cubano figuran las relativas a la actividad artística: Bain coloca la raíz de esta actividad en aquellos fenómenos de la vida espiritual que se conocen por simpatía, imitación y emoción ideal (Varona, 1877: 291). Este último fenómeno, precisa Varona, es el que proviene de ideas puras y no de realidades; para explicar los dos primeros prefirió citar textualmente a Bain, y así se reproduce aquí: «Entendemos por simpatía e imitación la tendencia de un individuo a concordar con los estados afectivos o emocionales de los otros; estados que *se revelan por ciertos modos de expresión*<sup>3</sup>» (Cit. por Varona, 1877: 291).

<sup>2</sup> El destaque en cursiva pertenece a la autora de este artículo (L.H.M.).

<sup>3</sup> El destaque en cursiva pertenece a la autora de este artículo (L.H.M.).

Asimismo, parece estar el pensador cubano muy cerca de la manera en que aborda la simpatía el francés Jean-Marie Guyau. Este afirmaba: «El arte, que requiere como condición esencial la parte de simpatía que tenemos en los placeres y los dolores ajenos, es una creación social» (Guyau, 1902: 67). El arte vive de los sentimientos mismos de que vive la sociedad, simpáticos y generosos (Guyau, 1902: 70). La posición del francés es defender el valor social del arte como elemento que contribuye a la solidaridad social, al acercamiento emocional entre los hombres.

Varona, por su parte, entiende la simpatía como un fenómeno inherente a la naturaleza humana, una fuerza no menos activa que el apetito individual de conservación, y que tiene implicaciones psicológicas, morales y estéticas. Lo describe de la siguiente manera:

Hay como una extensión y reduplicación del individuo, que se traduce primero por la repetición o imitación involuntarias de los movimientos, y acaba por el acuerdo más o menos perfecto del estado de ánimo del uno con el otro. [...] De esta suerte se establece una comunicación de afectos, de tal naturaleza, que los dolores y males sentidos por un individuo, así como los placeres y bienes, son sentidos mediatamente, aunque a veces no con menor intensidad, por otro u otros. Y así resulta que el impulso íntimo que nos llevará a evitar la pena y buscar el bienestar propios, se extiende hasta forzarnos a actos que redundan en inmediato provecho o alivio de otro individuo. Y tenemos entonces en acción la simpatía. (Varona, 1903: 25)

Varona no se refiere solo a los sentimientos simpáticos, sino a sus consecuencias en las acciones del hombre. A continuación se puede apreciar cómo el pensador cubano, al referirse a la simpatía propiciada por el arte, también se asemeja a Guyau, para quien el sentimiento estético es más completo si estimula a la acción (Guyau, 1902: 38). Dice Varona:

Cuando lo bello o lo grandioso ocupan nuestra vista y nos subyugan, hay luego como una interna reacción de nuestras fuerzas que dilata nuestro espíritu, lo saca de su nivel y parece elevarlo a la altura del objeto contemplado. Y como en el hombre no hay sensación, ni imagen ni afecto, que de una u otra suerte no se convierta en acción, o en tendencia al menos

para la acción, la necesidad de imitar, realizar, por decirlo así, la semejanza, adquiere en estos casos una incontrastable energía, que la convierte en un instrumento feliz de educación personal y de progreso. Tratamos de apropiarnos, de poseer aquella hermosura; queremos dar a nuestras almas el temple de aquella grandeza. (Varona, 1979a: 149)

De esta manera se evidencia la importancia que le concede Varona a la educación estética con respecto a fomentar en el hombre su natural capacidad de simpatizar.

Por otro lado, en 1903, influido por los criterios de la escritora norteamericana Agnes Repplier, quien era partidaria de cultivar como una de las bellas artes «la facultad de disfrutar de lo bueno y de lo bello en torno nuestro», Varona hace hincapié en fomentar la educación estética en un amplio sentido que no se limite a la esfera artística. Plantea que debería cultivarse más «el arte de sentir e interpretar las emociones que brinda la vida [...] por sus mil diversas facetas». (Varona, 1979d: 55). Este punto de vista a su vez guarda relación con las ideas de Vernon Lee,<sup>4</sup> seguidora de la escuela evolucionista de Spencer. Para Lee — explica Varona — el gusto de las bellas formas y la expresión patética no es posterior, sino anterior a la obra del artista; «el arte está en la vida y en la naturaleza antes de tomar forma más o menos simbólica en la estatua, el cuadro o el poema» (Varona, 1979d: 56).

Varona critica la tendencia general que existe a considerar la educación estética como una región superior e inaccesible para las mayorías; afirma que no es necesario ser un gran poeta para hallar en nuestro mundo exterior mil fuentes de emoción poética. «Del corazón más árido puede brotar esa agua cristalina — afirma — si se le toca desde temprano y en cada momento oportuno» (Varona, 1979d: 56). Por tanto, mientras más se hable a la generalidad de las emociones estéticas, mayor será cada día el número de los que sepan apreciar y gustar la obra de arte. Se refiere a los museos y bibliotecas como depósitos artificiales de la producción artística, pero insiste en que la fuente está en cada alma humana. Allí es a donde hay que ir, pues para Varona el cultivo de las emociones estéticas actúa en provecho de la persona misma, y contrarresta, por ejemplo, las pasiones mezquinas

<sup>4</sup> Seudónimo de la escritora británica Violet Paget.

(Varona, 1979d: 57). Principios básicos del humanismo moderno, como la defensa de la dignidad de cada individuo, su derecho a desarrollarse más plenamente, están implícitos en esta reflexión. Desarrollar en la mayor cantidad de personas su natural capacidad de simpatizar, así como de apreciar la belleza, es darle las oportunidad de ser mejores humanos, más sensibles y más morales.

A lo largo del siglo XIX varias figuras claves de la cultura cubana habían reflexionado sobre la repercusión favorable de la formación estética en el desarrollo de los valores morales. José Agustín Caballero, Félix Varela, José de la Luz y Caballero, Domingo del Monte, Gertrudis Gómez de Avellaneda, antecedieron a Varona en este tema. El padre Varela entendía que «en las artes imitativas debe proponerse como fundamento de la imitación la belleza y la bondad» (Varela, 2001, 68). Era un defensor de los beneficios del arte para el fortalecimiento espiritual; para él, entre los placeres del espíritu está la contemplación de la belleza como uno de los bienes de Dios. Varios años después de estas reflexiones producidas desde la docencia filosófica, sale a la luz en 1860 una interesante publicación cuyo objetivo explícito fue promover en el público la educación estética y moral. Se trata del *Álbum cubano de lo bueno y de lo bello*, dirigido por la Avellaneda. En el primer número la poetisa camagüeyana dejaría sentado que «las obras del sentimiento moral y las obras del sentimiento artístico [...] no son sino dos manifestaciones de una sola verdad: *la aspiración del alma hacia Dios*» (Gómez de Avellaneda, 1860: 4).

Es Varona un heredero de esa preocupación reiterada en el pensamiento cubano por relacionar el ámbito artístico con el moral. Cuando se revisa la amplia crítica literaria de nuestro filósofo camagüeyano salta a la vista que Varona suele identificarse con obras literarias y autores en quienes encuentra un contenido moral digno de atender, tales como Miguel de Cervantes, Víctor Hugo y León Tolstoi. Ahora bien, el triángulo estética-moral-religiosidad que tuvo distintas expresiones en el pensamiento cubano anterior, no está presente en Varona; en su comprensión ya no es Dios el nexos que conecta lo bueno y lo bello. Se impone preguntarse ¿qué relación guarda para Varona la educación de los sentimientos estéticos con la moral?

Una vez más hay que atender a los autores europeos que Varona leyó. Guyau consideraba que «por lo general, un ser es tanto más moral cuanto más capaz es de experimentar profundamente una

emoción estética» (Guyau, 1902: 67). En Varona no se ha encontrado ninguna afirmación tan categórica en este sentido. Sin embargo, varios trabajos suyos, entre ellos el último citado, hacen pensar que sí comprende una relación cercana entre ambas esferas. La explicación puede radicar en el elemento común que existe, en la concepción de Varona, entre estética y moral: el sentimiento. En sus *Conferencias Filosóficas*, en la tercera serie, dedicada a la moral, afirma:

Los motivos que rigen la forma de conducta [...] tienen el carácter emocional; del compromiso de las tendencias egoístas y altruistas resulta una clase de sentimientos que se llaman morales. Es decir, que la vida moral es posible, no porque esté informada por conceptos, sino porque depende de la esfera afectiva. La moralidad es un impulso a la acción, mediante la vida emocional. Las reglas morales empiezan por ser sentimientos morales. (Varona, 1903: 33)

Estas ideas responden a la gran importancia que concede Varona al componente afectivo en la vida del hombre. Dice Varona: «el hombre no es inteligencia pura, nosotros sabemos que por todas sus raíces penetra la inteligencia en la sensibilidad» (Varona, 1903: 101). En la segunda serie de sus *Conferencias Filosóficas*, dedicada a la psicología, explica cómo las percepciones, las imágenes y las ideas tienen el poder de avivar los sentimientos, y producir «un estado sensible actual e intenso que tiene el nombre de emoción», y la emoción — afirma — «es el gran estímulo de la voluntad» (Varona, 1882: 21).

Así, el humanismo de Varona realza los elementos emocionales y volitivos y se preocupa expresamente por cultivarlos en el sentido de la sociabilidad, de la armonía espiritual del individuo con los demás hombres. Varona define el arte como «la intencional proyección a lo exterior de toda emoción de mi alma, con tal energía y poder que logre comunicar esa misma emoción a mis semejantes» (Varona, 2011: 387).

Por este camino puede interpretarse que para Varona la manera en que la experiencia estética incide en la esfera moral es sobre todo por su facultad de despertar sentimientos y poner al hombre en consonancia con los sentimientos de sus semejantes. La simpatía, según Varona, constituye por un lado, «un elemento importantísimo del temperamento moral» (Varona, 1903: 86), y por otro,

es un fenómeno especialmente vivo en los procesos estéticos. De manera que una obra de arte, si efectivamente despierta los sentimientos simpáticos, puede estar contribuyendo al mejoramiento moral sin una alusión explícita a conceptos morales. La mejor manera en que una obra de arte trasmite un contenido moral a un espectador es en definitiva, incidiendo en su lado afectivo. Es también preciso destacar que para Varona los valores estéticos de una obra, el dominio que muestre su autor del lenguaje artístico que maneja, es lo que determina la calidad de dicha obra. El arte debe ante todo comunicar sentimientos, conmover mediante un efectivo empleo de los signos artísticos (Varona, 2011: 387), allí radica su profunda fuerza *humanizante*.

## CONCLUSIONES

La reflexión estética de Varona muestra una concepción humanista que destaca la sociabilidad del hombre mediante el concepto de simpatía como un fenómeno inherente a la naturaleza. Dicho concepto ocupa un lugar central en los procesos estéticos, tales como la educación estética y la producción y la percepción del hecho artístico. Esto es lo que lo acerca a Alexander Bain y más profundamente a Jean-Marie Guyau.

El fomento de las facultades estéticas es entendido por Varona como un índice fundamental de progreso humano en los planos individual y social. Su visión de la educación estética es amplia, rebasa la esfera artística y pone énfasis en el cultivo cotidiano de la sensibilidad. Teniendo en cuenta sus ideas sobre la simpatía y el hecho de que concede gran importancia al componente afectivo de la moral, se puede afirmar que Varona concibe una estrecha relación entre lo estético y lo ético, sin que esto signifique una exigencia moralizante hacia el arte.

## REFERENCIAS

- FERRATER, J. (s.f.). *Diccionario de Filosofía I*, Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- GÓMEZ, G. (1860). Lo bueno y lo bello. *Álbum cubano de lo bueno y lo bello*, (1), 3-4.
- GUADARRAMA, P. (2015). *José Martí: humanismo práctico y latinoamericano*. Santa Clara: Capiro.
- GUYAU, J.M. (1931). *El arte desde el punto de vista sociológico*. Madrid: Daniel Jorro.

- GUYAU, J.M. (1902). *Los problemas de la estética contemporánea*. Madrid: Librería de Fernando Fé-Sáenz de Jubera, Hermanos.
- HUGO, V. (1946). Prólogo a *Literatura y filosofía*. Buenos Aires: Espasa-Calpe Argentina, S.A.
- HUME, D. (2001). *Tratado de la naturaleza humana*. Albacete: Servicio de Publicaciones de la Diputación-Gabinete Técnico. Recuperado 15 octubre de 2018 de <https://www.dipualba.es/publicaciones/LibrosPapel/LibrosRed/Clasicos/Libros/Hume.pm65.pdf>
- INFANTE DEL ROSAL, F. (2012). De la mediación a la *Einfühlung*: la crisis de la idea moderna de la identidad en el siglo XIX. *Dáimon. Revista Internacional de Filosofía* (56), 85-99. Recuperado el 2 de octubre de 2018 de <http://revistas.um.es/daimon/article/view/149731/135701>
- INFANTE DEL ROSAL, F. (2013). Simpatía, naturaleza e identidad en Hume. *Eikasia, Revista de Filosofía* (51), (179-204). Recuperado el 2 de octubre de 2018 de <http://www.revistadefilosofia.org/51-08.pdf>
- LLORENS, N. (2005-2006). Naturaleza y paisaje en la estética de Shaftesbury. *Locus Amoenus* (8), 349-369.
- LUBAC, H. de (1997). *El drama del humanismo ateo*. Madrid: Encuentro.
- SAN MARTÍN, J. (1995). *Antropología y filosofía*. Navarra: Verbo Divino.
- SMITH, A. (1941). *Teoría de los sentimientos morales*. México: Fondo de Cultura Económica.
- TAINÉ, H. (s/f). *Filosofía del arte*. elaleph.com. Recuperado de <https://drive.google.com/file/d/0B3sR3hHfTHqtT0N0TkxUR3hiY00/view>
- TALAVERA, P. (2011). Kant y la idea del progreso indefinido de la humanidad. *Anuario Filosófico*, 44 (2), 235-371.
- VARELA, F. (2001). Elenco de 1816. *Obras I*, La Habana: Imagen Contemporánea, 66-85.
- VARONA, E.J. (1877). La psicología de Bain. *Revista de Cuba II*, La Habana: Imprenta Militar de la viuda de Soler y Compañía, 289-307, 401-422.
- VARONA, E.J. (1882). Conferencias filosóficas (segunda serie: Psicología). *Revista de Cuba X*, 5-28, 166-189, 220-254, 345-379, 449-472.
- VARONA, E.J. (1903). *Conferencias sobre el fundamento de la moral*. Nueva York: D. Appleton y compañía.
- VARONA, E.J. (1979a). Cervantes. *Crítica Literaria*, 149-170.
- VARONA, E.J. (1979b). Disertación sobre el espíritu de la literatura en nuestra época, en relación con el que debe animar a la cubana,

- después de la gran transformación social iniciada. *Crítica Literaria*, La Habana: Letras Cubanas, 283-298.
- VARONA, E.J. (1979c). Dos teorías sobre el amor. *Crítica Literaria*, 132-143.
- VARONA, E.J. (1979d). El arte de la vida. *Crítica Literaria*, 55-57.
- VARONA, E.J. (1979e). Víctor Hugo como poeta satírico. *Crítica Literaria*, 183-198.
- VARONA, E.J. (2011). El idealismo y el naturalismo en el arte. *Escala de varia intención. Selección de textos*. La Habana: Letras Cubanas, 385-400.
- VIQUEIRA, J.V. (1930). *La psicología contemporánea*. Barcelona: Labor.

Recepción: 23 de marzo de 2020

Aprobación: 20 de abril de 2020



Este texto se distribuye bajo una licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial 4.0 Licencia Internacional.

[121]

ISSN: 0042-1547 (papel) ISSN: 1997-6720 (digital)